

# barbaricvm

Rosa Sanz Serrano



# *BARBARICVM*

*Migraciones, ejército y fronteras  
en el final del Imperio romano  
de Occidente*

## *Temas de Historia Antigua*

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE

---



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

# *BARBARICVM*

*Migraciones, ejército y fronteras  
en el final del Imperio romano  
de Occidente*

Rosa Sanz Serrano



EDITORIAL  
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**  
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Rosa Sanz Serrano

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.  
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid  
Teléfono: 91 593 20 98  
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-411-0  
Depósito Legal: M-7.933-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

# ÍNDICE

---

INTRODUCCIÓN .....	9
<b>1. AL SERVICIO DEL IMPERIO: LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO SOBRE LAS FRONTERAS.....</b>	<b>13</b>
1.1. <i>Algunas consideraciones sobre las fuentes y la propaganda imperial</i> .....	13
1.2. <i>Las fronteras y la ruina del Imperio de Occidente en la historiografía antigua</i> .....	20
1.3. <i>Las fereae gentes en el Barbaricum</i> .....	29
1.4. <i>Eórpata: las matadoras de hombres</i> .....	41
<b>2. IN PACEM RECEPTI: INVASORES Y MIGRANTES EN LAS FRONTERAS DEL IMPERIO OCCIDENTAL .....</b>	<b>49</b>
2.1. <i>Guerreros y nómadas: el enemigo que llega</i> .....	49
2.2. <i>Ladrillos y piedras en los muros: los Pink Floyd tenían razón</i> .....	61
2.3. <i>Como socios y amigos: legiones y mercenarios en el limes occidental</i> .....	76
2.4. <i>Suplicaron al emperador con las manos extendidas</i> .....	86
<b>3. EL IMPERIO Y EL LIMES EN EL SIGLO III .....</b>	<b>101</b>
3.1. <i>El ejército y los cambios constitucionales</i> .....	101
3.2. <i>Las fronteras y la extensión del derecho de ciudadanía</i> ...	110
3.3. <i>El Imperio extravagante</i> .....	125
3.4. <i>El ejército como soporte de los usurpadores en las fronteras</i> .....	133
3.5. <i>La utopía del emperador Probo</i> .....	146

<b>4.</b>	EL ORDEN Y EL CAOS: EL IMPERIO DE LOS DIOSES .....	157
4.1.	<i>El control de las fronteras como modelo de estabilidad institucional</i> .....	157
4.2.	<i>Ejército, fiscalidad y martirio</i> .....	168
4.3.	<i>La reivindicación dinástica del usurpador Constantino I</i> ..	179
4.4.	<i>Emperador divino por la gracia de Dios</i> .....	192
<b>5.</b>	LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER DINÁSTICO Y LAS GRANDES MIGRACIONES EN LAS FRONTERAS DE OCCIDENTE .....	203
5.1.	<i>Los conflictos militares durante la dinastía constantiniana</i> ..	203
5.2.	<i>Juliano en la sombra del Imperio Gálico</i> .....	211
5.3.	<i>La muerte de Juliano y el ejército cristiano</i> .....	224
5.4.	<i>El incendiario limes durante la Dinastía Valentiniana</i> .....	234
5.5.	<i>La ruptura de los límites y las grandes migraciones</i> .....	243
<b>6.</b>	LA RUINA DEL IMPERIO OCCIDENTAL Y LOS EMIGRANTES DEL BARBARICUM ..	253
6.1.	<i>Teodosio I y la integración de los grupos extraliminales</i> ..	253
6.2.	<i>El vándalo Estilicón y el godo Alarico</i> .....	264
6.3.	<i>Entre bárbaros y cristianos andaba el juego: el saqueo de Roma</i> .....	277
6.4.	<i>Gala Placidia en la "sedes regia" de Ataúlfo</i> .....	289
<b>7.</b>	DE EMIGRANTES A POSSESSORES: LOS ÚLTIMOS EMPERADORES EN EL OCCIDENTE ROMANO .....	299
7.1.	<i>Una nueva frontera en Las Hispanias</i> .....	299
7.2.	<i>La libertad con pobreza y sin tributos: la pérdida de África y la consolidación de las monarquías de origen bárbaro</i> .....	309
7.3.	<i>Atila y el anillo de Gracia Honoria: los Cataláunicos</i> .....	320
7.4.	<i>El derrumbe de los muros en el final del Imperio de Occidente</i> .....	333
<b>8.</b>	EPÍLOGO: EL NUEVO ORDEN EN LAS PROVINCIAS .....	345

## Índice

---

SELECCIÓN DE TEXTOS .....	353
<i>Texto 1. Sidonio Apolinar (Poema, 6, 230-240) .....</i>	353
<i>Texto 2. Sinesio de Cirene (Al emperador, 21 c-e) .....</i>	354
<i>Texto 3. Zósimo (I, 13, 3) .....</i>	354
<i>Texto 4. Salviano de Marsella     (Del gobierno de Dios, V, V, 21-23) .....</i>	355
<i>Texto 5. Zósimo (II, 8, 1-3) .....</i>	356
<i>Texto 6. Amiano Marcelino (20, 4, 17-21) .....</i>	357
<i>Texto 7. Amiano Marcelino (31, 4, 9-11) .....</i>	358
<i>Texto 8. Jordanes (Getica, 161) .....</i>	358
<i>Texto 9. Sinesio de Cirene (Ep., 125, 1-20, a su hermano) ..</i>	359
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA .....	361

# 2

## ***IN PACEM RECEPTI:*** **INVASORES Y MIGRANTES EN** **LAS FRONTERAS DEL IMPERIO** **OCCIDENTAL**

---

### *2.1. Guerreros y nómadas: el enemigo que llega*

Los rasgos principales del discurso sobre los bárbaros, que hemos analizado de forma somera, tenían como funciones sostener ideológicamente la política militar del Imperio, al presentarlos como un peligro inminente para los ciudadanos, y crear el clima propicio para que los provinciales colaborasen desde todos los rincones con sus bienes a la defensa fronteriza y al sostenimiento del Estado, tan necesarios para evitar su llegada, además de servir para poner a prueba el prestigio de los emperadores en cuanto a su mayor o menor capacidad para contenerlos y aumentar la gloria del pueblo romano, como ha resaltado Pedro Barceló, entre otros autores (2022, p. 259). Por ello, a las descripciones vistas sobre los componentes de los movimientos de gentes que llegaban a las fronteras se sumaron otras referentes a la forma como las veían aproximarse las poblaciones romanas de los márgenes. La narrativa general evidencia unas formas que poco o nada tenían que ver

con la realidad de los distintos componentes en sus orígenes, pues en todo movimiento migratorio, pacífico o violento, nunca se refleja esta, sino la del momento que protagonizan. Al igual que no podemos considerar las imágenes de la llegada a pie o en pateras a Europa de los movimientos migratorios actuales como representativas de sus anteriores formas de vida (sedentaria, agrícola, artesanal, etc.), tampoco podemos hacerlo en el caso de las sociedades llamadas bárbaras, que en su origen tenían una cultura y unas estructuras políticas, económicas, sociales y religiosas propias, que no pudieron arrastrar con ellas cuando se pusieron en movimiento hacia las fronteras. Por otro lado, es difícil discernir las distintas formas de contacto de los habitantes del Barbárico con los romanos, pues las fuentes tendieron a ocultar los movimientos pacíficos migratorios y trataron de interpretarlos, en su mayoría, como invasiones violentas dirigidas a conseguir un botín o apoderarse por la fuerza de territorios donde asentarse, cuando no los presentaron como organizaciones militares de gran calado dispuestas a conquistar el Imperio (las mal denominadas invasiones bárbaras) que los romanos habían construido con mucho esfuerzo, hecho poco probable entre grupos minoritarios y mal pertrechados en comparación con la dimensión y el potencia del Estado romano incluso en sus momentos más críticos. Para organizar el relato, de nuevo los historiadores romanos echaron mano de las noticias de Heródoto y otros griegos sobre la supuesta vida errante y pastoril de los bárbaros; situaciones que solo podían derivar en la rapiña constante sobre las poblaciones vecinas, al tratarse de sociedades no productivas e incapaces de una estabilidad económica que les permitiese una vida acomodada y el desarrollo de instituciones y Estados. De manera que los movimientos migratorios de distinto calado, incluso los protagonizados por el desgajamiento –por las más diversas causas– de sociedades agrícolas sedentarias que se desplazaron hacia las fronteras romanas, transportando en sus carros a las mujeres y los hijos con los enseres, se equipararon a formas de vida reales y a costumbres ancestrales de migración estacional practicada, sobre todo, por los grupos escitas pastores de las estepas y desiertos, e incluso a las incursiones de bandidaje esporádicas de grupos organizados para ello en el territorio romano. Esto supone para el historiador un reto a la hora de individualizar los distintos fenómenos; también para enjuiciar la relación de gran parte de la violencia de algunos grupos como reacción a las numerosas incursiones de los militares romanos en su territorio, con

el fin de obtener el botín, los esclavos y los alimentos que necesitaban para mantener fieles a los soldados y contentos a los comerciantes asentados en los campamentos militares; un hecho frecuente que expondré más detenidamente en sus distintos contextos y que servía para mantener el prestigio militar de los emperadores, al magnificar confrontaciones que no pasaron de ser escaramuzas de rapiña.

Las principales características del movimiento de grupos itinerantes en sus lugares de origen, utilizadas como modelo por las fuentes para explicar los movimientos de pueblos hacia las fronteras de los grandes imperios, las presentaba ya Heródoto en la época del persa Darío (IV, 121):

Salieron al encuentro del ejército de Darío, enviando en descubierto a sus mejores jinetes. Ahora bien, todos los carros en los que vivían sus hijos y sus mujeres, así como la totalidad de su ganado, salvo el que era imprescindible para su propio sustento (que fue lo único que conservaron consigo), todos los demás enseres, repito, los enviaron, juntamente con los carros, lejos del teatro de las operaciones; y ordenaron al convoy que se dirigiera siempre hacia el norte.

Más de ocho siglos después, la narración de Amiano conserva todos los tópicos esgrimidos por las fuentes griegas respecto a la vida de algunos pueblos escitas, como los alanos o los hunos no sedentarios (31, 2, 18):

Habitan en una especie de carretas que cuentan con una cubierta curvada, realizadas con cortezas y que los llevan a través de interminables desiertos. Cuando llegan a un lugar fértil, colocan sus carretas en círculo y comen como animales. Después, una vez que han terminado con todo, se llevan sus ciudades sobre sus vehículos. En ellos tiene relaciones hombres y mujeres, en ellos nacen y se crían sus hijos. Son, pues, sus viviendas permanentes, de manera que, vayan a donde vayan, consideran que ese es su hogar.

Este autor amplía la información sobre su forma de defenderse en su continuo devenir mediante la construcción de empalizadas con estacas alternantes, con doble fosa, donde encerraban los carros cubiertos con las pieles de los bueyes muertos y colocados a manera de muralla, carros que también cubrían con corcho y con los cuales se desplazaban adonde y cuando querían, con todos sus objetos, en un continuo desarraigo, sin emplazamiento

fijo (22, 8, 42; 31, 2, 10-17). Consideraban las carretas como sus ciudades, porque en ellas vivían, trabajaban sus mujeres y nacían unos hijos que no podían responder de dónde eran exactamente, pues habían nacido en un lugar y se habían criado en otro al que nunca volverían; aunque el autor –y un siglo después Zósimo (IV, 20, 3-4)– llegó a admitir que muchos de los desplazamientos se debían a una economía ganadera itinerante o, como aseguraba Jordanes respecto a los altziagiros del Quersoneso tracio, relacionada con las rutas orientales que iban de un lado al otro transportando productos de todas partes del mundo conocido para su comercio (IV, 37-40). Es evidente que estas mismas formas eran las utilizadas para huir de sus enemigos o de las adversidades climáticas, económicas o sociales, obligados a pasar de una vida sedentaria y organizada en sus lugares de origen (itinerancia pastoril) a otra nómada e incierta de desplazados que solicitaban ser acogidos en las provincias romanas. En una buena parte de los casos, no se trataba de movimientos caprichosos y dirigidos a obtener un botín en ataques rápidos –tras los cuales volvían a sus lugares de procedencia–, lo que también sucedió, sino de fenómenos complejos de migración que afectaban a diversos pueblos y gentes, y que, de creer a las fuentes, se intensificaron a partir del siglo III, por razones que examinaremos más adelante. Aun así, los documentos tendieron a magnificar su dimensión con frases estereotipadas, como la de la llegada de multitudes de pueblos “desconocidos” o de “ingentes muchedumbres” (Amiano, 31, 4, 2-8), o a señalar incluso cifras desmesuradas entre los miembros de estos desplazamientos (los trescientos veinte mil godos en época de Claudio II (*SHA*, IV, 5), o los cuatrocientos mil al mando del jefe Radagaiso, en Zósimo (V, 26, 3), como también el caos y la violencia que los acompañaban cuando se acercaban desesperados a las fronteras, a veces en grandes confederaciones (Guzmán Armario, 2006).

La carga ideológica del discurso romano sobre su peligrosidad en origen (que no quiere decir que no lo fueran en su posterior desarrollo, como comprobaremos) ha sido evidenciada por un gran número de autores (Lindner, 1981, p. 9; Heather, 1982, pp. 234 y 255; Liebeschuetz, 2003, pp. 65-79), que han resaltado, en contraste, los abundantes momentos de colaboración con el Imperio y su inserción en las provincias como fuertes aliados. Al respecto, creo interesante acudir a la reflexión que hacía el hispano Orosio (V, 1, 14-16) en el siglo V, en una actitud de clemencia literaria poco habitual en los documentos, sobre la realidad del drama de las migraciones en la

Antigüedad y de la indefensión de los migrantes, incluso habiendo sido ellos mismos anteriormente poderosos; reflexión que nos traslada a momentos más actuales:

En otro tiempo, cuando las guerras hervían por todas partes, cada provincia tenía sus reyes, sus leyes y sus costumbres: y no había comunidad de sentimientos donde había diversidad de poderes. En definitiva, ¿qué podría unir en último extremo a pueblos alejados entre sí y bárbaros, a los cuales, educados en distintos ritos sagrados, los separaba incluso la religión? Si alguien en aquella época, cansado de la crueldad de sus desgracias, tuvo que abandonar su patria en manos del enemigo, ¿a qué desconocido lugar se pudo acercar él, desconocido?, ¿a qué pueblo, generalmente enemigo, se pudo acercar suplicante él, enemigo?, ¿en quién pudo confiar en su primera etapa del viaje, él que no había sido invitado por la identidad de nombre, que no había sido atraído por la comunidad de derecho, y que no se podía sentir seguro por la identidad de religión?

Aun así, la cautela nos obliga a huir de la ingenuidad de negar estallidos de violencia y, en momentos determinados, auténticas confrontaciones militares como consecuencia de la presencia en las fronteras de grupos numerosos de gentes armadas. En un nivel bajo, el panegirista Temistio (*Or.*, XI, 11) consideraba muy importantes sus fortalezas frente a los pantanos, por los que transitaban los barcos de los bárbaros, que realizaban constantes emboscadas y donde las guarniciones militares no podían acceder a pie. En una mayor dimensión, fueron mucho más que simples escaramuzas contra estos las derrotas imperiales en Abrito o Adrianópolis, el saqueo de Roma por Alarico o la llegada de Atila a la Galia. De no existir la posibilidad de la violencia, no tendrían sentido las fronteras ni el volumen de efectivos militares que Roma organizó para su control, ni las colonias, ni los centros fortificados construidos como emplazamientos para el ejército, ni el enrolamiento masivo de población en las legiones, ni la búsqueda de mercenarios para este cometido, ni la política fiscal que sostenía el sistema, ni la muerte de emperadores en el campo de batalla; como tampoco hay que desestimar el importante papel que algunos pueblos o grupos gentilicios del Barbárico tuvieron como mercenarios en los conflictos entre los dos grandes imperios del momento, el persa y el romano, que financiaron extorsiones, invasiones y depredaciones en el territorio del otro con los bárbaros a su servicio y

fomentaron el desarrollo de grupos dirigidos por señores de la guerra al otro lado de los límites de sus respectivos Estados.

Si se hubiera tratado en todos los casos de simples movimientos poblacionales como los actuales, en parte regulados por los convenios internacionales, los llamados bárbaros no hubieran desarrollado una panoplia militar identitaria (trabajada por ellos mismos o comprada a los comerciantes), como los potentes arcos, hachas y lanzas con los que luchaban entre ellos y contra los griegos y romanos desde el primer milenio a. C.; tampoco los emperadores hubieran prohibido el comercio de armas o caballos desde el territorio romano. Lebedynsky (2001) ha realizado un importante estudio sobre la existencia de centros mineros y metalúrgicos en el Barbárico, cuyos productos se vendían en grandes espacios a grupos de guerreros que conocían su manejo desde niños, al igual que aprendían a montar a caballo y se iniciaban en tácticas de combate propias –aunque estas eran diferentes a las de las legiones romanas–, conocidos por sus enfrentamientos entre sí y por venderse anteriormente como mercenarios a los griegos y a los persas, como formas alternativas de vida ante la pobreza. De ahí también la repulsa que cualquier movimiento de gentes no controlado en las fronteras desataba en el universo romano, pues la violencia existía en los espacios extraliminales desde mucho antes de que las *caligae* de los legionarios pisasen los territorios del Rin y del Danubio.

En las fronteras se hicieron presentes movimientos de todo tipo, de diversas procedencias y por diversas causas, algunos de gentes que recorrieron cientos de kilómetros sin que sepamos las razones específicas, pues los espacios por los que se movían eran muy amplios y en ellos no había problemas de superpoblación, como algunas veces se ha querido argumentar para explicar las migraciones. El deseo general era mejorar su forma de vida, bien ofreciéndose como fuerza humana a los Estados vecinos, bien en la búsqueda de espacios más favorables donde vivir y escapar, en muchos casos, de coyunturas particulares complejas, como guerras internas, catástrofes naturales, presión de otros pueblos o situaciones de carencia extrema. Los movimientos menores pasaron desapercibidos para las fuentes, pero otros de mayor envergadura fueron objeto de especial atención, como muestran los documentos que los interpretaron, no siempre en su justa medida, y que trataron de adjudicarlos a formaciones de pueblos con nombres concretos, en su mayoría inventados, con los que nos iremos familiarizando a través de

estas páginas. Sin embargo, está condenado al fracaso el intento de encasillarlos en identidades cerradas o procedencias concretas, como ha intentado una abundante historiografía (Sanz Serrano, 2009, pp. 20-40). Por el contrario, considero necesario tener en cuenta algunas reflexiones.

Como leemos tempranamente en la obra de César, los enemigos con los que se enfrentó respondían a una confederación de gentes originarias de pueblos o tribus incluidos en la denominación genérica de germanos, pero con diversas procedencias e identidades, aunque dirigidos por el jefe harude Ariovisto, dispuestos a asentarse en la Galia por las buenas o por las malas. Un siglo después, Tácito no dudó en reconocer la falta de documentación sobre estas unidades (*Germania*, II, 1-2), lo que no le impidió afirmar que todos los germanos eran una raza peculiar, “pura y semejante solo a sí misma”, cerrando la polémica sobre las mezclas entre los pueblos, aunque daba paso a un listado abigarrado de agrupaciones étnicas y culturales con una serie de características comunes, la mayor parte poco creíbles (también entre los escitas). Si sumamos estos testimonios a la complicada nomenclatura de Plinio en su *Historia Natural*, que Amiano amplió, llegamos a un galimatías de nombres de pueblos, de localización imposible, que resulta poco útil para el desarrollo de este trabajo; menos aún si tenemos en cuenta que, con el tiempo, los nombres y los grupos fueron cambiando, a medida que se produjeron los lógicos procesos de sincicismo, disolución, confederación y todo tipo de asociaciones coyunturales (Todd, 1990; Demougeot, 1979, p. 280; 1988). Lo que, a manera de ejemplo, explica que Plinio (*HN*, IV, 28) aumente los primeros tres grupos de germanos originados en un mismo antepasado (Manno, en Tácito, *Germania*, 3, 3) a cinco estirpes, entre las que incluye a los vándalos, los burgundios, los varinns y los gutones, en la primera; en la segunda, a los inguevones con los cimbrs, teutones y caucos; en la tercera, a los istevones; en la cuarta, los hermiones, los suevos, los hermunduros, los catos y los queruscos; y, en la quinta, a los peucinos y los basternas; sin que en ningún momento precise la localización geográfica de estos pueblos, más allá de su vecindad, y sin que algunos de estos nombres vuelvan a ser tratados por otras fuentes, que, a su vez, añaden otros, con la misma imprecisión. En lo que se refiere a los escitas, este mismo autor (III, 25; IV, 25-80), al organizar las poblaciones entre los espacios de los grandes ríos, señala un número elevado de comunidades de categoría desconocida que nunca llegaron a las fronteras romanas y sobre las que tenemos un absoluto desconocimiento (por ejemplo, en el Drao, los serretes, serapilos, yasos y

andicetes; en el Sao, los colapianos y los breucos, arviates, azalos, etc.). No es menor la confusión que se desprende de su obra cuando identifica a los getas con los gotones, a los que también se llamaba dacios y a quienes los griegos denominaban sármatas (estos eran los godos, que después Zósimo unificará bajo la denominación de “escitas”).

No se libra de la crítica el discurso de Tácito cuando relaciona a los bátavos con los llamados anteriormente catos o cuando duda del origen germánico de las gentes que vivían entre el Rin y el Danubio, porque sus costumbres eran iguales que las de los fenos, peucinos y escitas sármatas (28, 5; 29, 1-4; 46, 1). Si acudimos a nombres más conocidos, Amiano (31, 2, 17-24) considera a los alanos como la unión de varios pueblos diseminados por ambas partes del mundo, pero situados en su tiempo en la región del Cáucaso y que habían sido agrupados bajo esta denominación general por coincidir “en las costumbres, en su fiero modo de vida y en el armamento”. Creo interesante, en este sentido, la reflexión del historiador Procopio de Cesarea (3, 2.1) sobre los orígenes comunes de los godos, vándalos y gépidos, llamados anteriormente saurómatas, melanclenos o géticos por compartir rasgos físicos comunes, como la piel blanca y la rubia cabellera, la alta estatura y el buen aspecto, pero también por estar sujetos en su tiempo a una misma religión, el arrianismo, y una misma lengua, la gótica; aspectos físicos y culturales que para el autor los aunaban. Como contrapunto, Sinesio de Cirene, respecto al problema de identificar a los godos (getas y masagetas), pide cautela, ya que cambiaban de nombre y de aspecto cuando les interesaba, desfigurando su rostro por medio de artificios para parecer otra raza y atemorizar a los romanos exigiendo un precio por la paz (*Al emperador*, 17, a-b).

Para comprobar los extremos niveles de imprecisión de las fuentes y sus intentos de codificar a los bárbaros, basta con acudir a la voluminosa obra de Luiselli (1992). Las fuentes presentadas en ella vienen en muchos sentidos a identificar etnias con rasgos culturales o con grupos multiétnicos presentes en sus fronteras, una asociación negada actualmente por una parte de la historiografía (Green, 1995, pp. 143-156) y que pone en cuarentena la asociación de los nombres históricos con determinadas culturas arqueológicas, como las de Cherniajov en el Bajo Danubio, Wielbark en el Dniéster o Przeworsk en Polonia, o con ciertos artefactos que, en realidad, eran comunes, como los calderos o las armas, y que responden a actividades comerciales complejas, o con asentamientos y centros fortificados de larga duración –como los de

Aleksandrovka en el mar Negro, Pietroasa en Rumanía o Bashmatchka a orilla del Dniéper, por poner algunos ejemplos–, ya que las *gentes externae* y sus características fueron construidas por las fuentes (Goetz, 2003, pp. 39-64; Hallsal, 2012, pp. 376-568). Como señaló con mucha razón Schiltz (2002, p. 878), nadie se mantiene durante mucho tiempo como una singularidad local. En esta línea, Drinkwater (2007, pp. 18-40) rechaza identificar a los alamanes como una *gens*, un pueblo, una tribu o una etnia concreta, y pide tener en cuenta los procesos de etnogénesis de los que surgieron los así denominados en las regiones del Rin, en torno a los ríos Weser, Elba, Mainz o Neckar, lugares donde se testimonian en distintos momentos otras entidades, como los usúpetos, los técteros, los queruscos, los catos o los marcomanos y los yazigos. Este autor defiende su identificación como alamanes (todos los hombres) por los romanos en tiempos de Caracalla en los conocidos como Campos Decumanos, como resultado de “reformas coyunturales”.

De entre la abrumadora información que nos llega a través de los documentos escritos sobre los distintos movimientos migratorios de pueblos reales o inverosímiles, voy a singularizar dos casos que tuvieron consecuencias importantes para el Imperio en la época de este estudio y que ilustran mis argumentos: los godos y los hunos. Los primeros –sobre los que he escrito un estudio pormenorizado (Sanz Serrano, 2009)– aparecen denominados como tales solo en época imperial, como resultado de procesos de sinecismo con otras agrupaciones de gentes diferentes, lo que nos llega en el relato de sus orígenes construido en el siglo vi por Jordanes en su *Getica* (25-28). El autor se propuso dar una identidad al pueblo, del que probablemente él mismo era originario, al conceder veracidad a una serie de tradiciones orales recogidas por el cronista llamado Ablabio (Christiansen, 2002). Fuera de una serie de datos legendarios contenidos en su obra, lo importante de ella es su intento de conceder a los godos un pasado como pueblo migrante y considerarlos tanto germanos como escitas, como resultado lógico de ese proceso migratorio y de la mezcla con otras gentes, entre ellas los vándalos y las poblaciones escitas del mar Negro. En su narración, sitúa el inicio del movimiento en las regiones más frías del norte europeo (la isla de Scandia, donde la vida era prácticamente imposible por el clima y las condiciones), frente a las costas del actual río Vístula, que consideraba el límite entre la Germania y la Escitia, desde donde, dirigidos por un rey llamado Bering, se desplazaron hacia la tierra de los denominados ulmerugues, donde sometieron a los vándalos y les

quitaron sus tierras (también se mezclaron con ellos). Divididos a partir de ese momento en tres grupos (greutingos de la costa, tervingios de los bosques y gépidos), pero todavía “buscando tierras de más conveniencia y agradables, llegaron a los territorios de Escitia, que se llamaban en su lengua Oium” (*Getica*), donde vivieron antes de asentarse en el mar Negro (zonas limítrofes con Mesia, Tracia y Dacia). Fue en estas tierras donde, al decir del autor, se dividieron definitivamente en los dos grupos históricos de los visigodos, que obedecían a la familia de los baltos, y los ostrogodos, a los ilustres amalos, grupos que se tienden a identificar de manera convencional, respectivamente, con los tervingios y los greutingos de Amiano Marcelino (Wolfram, 1990).

Los orígenes y el proceso migratorio de los hunos están repletos de imprecisiones e incógnitas. Partiendo del término utilizado por los griegos (*ounnoi* o *chionitai*), originado en el chino *xun*, convencionalmente la historiografía los ha relacionado con los hsiung-un o xiongnu de las fuentes chinas de las dinastías Qin y Han (siglo III d. C.) desde que así lo hicieran De Guignes en 1756, F. Hirth en 1899 y Edward Gibbon a finales del siglo XVIII, aunque en la actualidad esta relación se ha cuestionado (Maenchen-Helfen, 1973; De la Vaissière, 2015). Las fuentes orientales (Sima Qian, Chen Xujing, el Hanshu) utilizaban este término como un concepto referido a grupos de pastores nómadas de diversas etnias, dirigidos por sistemas de jefaturas, que tenían costumbres salvajes (en contraste con su propia civilización). Incluso consideraban como su ancestro a un noble chino, llamado Chun Wei, que organizó grupos en las montañas para dedicarse al bandidaje (Bock, 2009, p. 15). Localizados en las inmensas llanuras de Eurasia, los mapas tradicionalmente los sitúan, precisamente, en espacios de nadie, más allá del lago Aral, de las estepas de Mongolia y Siberia, de los desiertos del Tarín, en los nacimientos de los ríos Obi y Yenisei, en el norte de Tíbet y en el Altai, a medida que se fueron organizando y expandiendo como tales, en un círculo de enormes vacíos de población, ideales para el desarrollo de grupos sociales dedicados al pastoreo itinerante que recorrían sus regiones varias veces al año buscando los pastos, soportando veranos muy calurosos e inviernos en los que se helaba la tierra o había tormentas de nieve y era difícil mantenerse sin reservas de hierba y alimentos. En estas circunstancias son de suponer los conflictos entre los grupos por el dominio de los mejores pastos, de las zona menos adversas y del agua, o incluso de las rutas comerciales, como también la rapiña sobre las aldeas de

carácter agrícola y los centros urbanos cercanos (colonizados por los imperios), tal como denunciaron las crónicas chinas y persas, hasta el punto de culpabilizarlos de los inicios de la construcción de la Gran Muralla china, en el siglo I, bajo el emperador Shan Yu, cuando ciertos jefes tribales se confederaron. Jefes que aparecen también en las fuentes orientales, dirigiendo a mercenarios o protagonizando golpes de Estado. Las fuentes localizaron formaciones similares en las rutas caravaneras que comunicaban la India con Persia y China, extorsionando a los comerciantes de metales, piedras preciosas, tintes, especias, drogas, esclavos, pieles y telas confeccionadas con seda —nombre derivado del apelativo que recibían de los griegos los chinos (*seres*)—, en una red de caminos larguísima que recorrían la Escitia, según Amiano, y que llegaban hasta las regiones asiáticas más alejadas, pobladas por hombres tranquilos, apacibles, poco comunicativos y frugales que obtenían la seda de unos árboles y la vendían (31, 2, 15; 23, 6, 60-67). Por lo que, en realidad, los hunos se suman a otros pueblos que fueron denominados con un término genérico que respondía a diversas realidades.

A pesar de lo expuesto, algunos lingüistas, arqueólogos e historiadores han buscado una identidad hunica común, que hoy en día está todavía por probar, e incluso el debate sigue abierto entre quienes analizan su supuesta lengua (digo “supuesta” porque en la época que nos ocupa es difícil saber exactamente qué hablaban estas poblaciones) como propia de poblaciones iránicas o, como alternativa, escitas de la zona del Altai, mongoles o prototurcas: teorías especulativas sobre sociedades que, en realidad, eran políglotas y multiétnicas (Beckwith, 2009, pp. 20-60; Bock, 2009; Kim, 2013, pp. 701-724). Pues, cuando entran a formar parte de la historia de Occidente, estaban mezcladas no solo entre sí, sino también con otros grupos escitas más cercanos al mundo romano, como los godos o los alanos. Algo semejante sucede con algunos materiales arqueológicos que se les han atribuido y que comparten con otros muchos grupos escitas, como son los calderos de bronce —con influencia del arte chino— que se encuentran en cementerios desde las estepas hasta el Danubio, bien estudiados por Zaseckaja y Bokovenko (1994, pp. 701-724). Tampoco podemos atribuirles en exclusiva el alargamiento de los cráneos con los que se los quiere identificar en cementerios como los de Mözs-Icsei Dülö, en Szekszárd (Hungria); el de Noin-Ula, en el valle de Selenga, o en Duurlig Nars, en Mongolia; porque son deformaciones practicadas por un buen número de poblaciones escitas.

Respecto a las fuentes romanas, Jordanes (*Getica*, 121-122) en el siglo VI recogía la tradición altamente manipulada de su relación con la migración de los godos al mando de Filimer por el Vístula en dirección al mar Negro. Según este autor, ellos mismos eran el fruto de la unión de mujeres malvadas que tuvieron que migrar y se unieron a espíritus impuros, unión de la que no podía resultar nada bueno:

Encontró allí a ciertas brujas, a las que llamó en su lengua nativa *Haliurunnae*. Sospechando de estas mujeres, las expulsó de entre su pueblo y las obligó a vagar en el exilio solitario lejos de su ejército. En ese lugar, los espíritus impuros, que las observaban mientras caminaban por la naturaleza, se arrojaron a sus brazos y luego de copular con ellas dieron origen a esta raza salvaje, que habitaba al comienzo en los pantanos, una tribu atrofiada, tonta y débil, apenas humana y sin contar con un idioma excepto uno que tiene una pequeña semejanza al habla humana.

Tras esta identificación tan poco halagüeña de quienes habían vencido a los godos unos siglos antes y determinado la muerte de uno de sus reyes en la batalla de los Cataláunicos, el autor continúa señalando el terror que inspiraba su cara (las facciones orientales, ajenas al mundo romano, en 121-127), con unos rasgos que las fuentes explicaron no en relación con su físico natural, sino, en clave cultural, como consecuencia de la manipulación que hacían sus familias de su cuerpo (como propio del discurso de la barbarie). Pues ya vimos cómo Amiano (31, 2, 2) y Sidonio Apolinar habían interpretado erróneamente sus caracteres físicos como resultado de la manipulación de sus madres y no tuvieron en cuenta el mestizaje con otros grupos indoeuropeos ya conocidos en su tiempo (mezcla que podemos observar actualmente en poblaciones como las uzbekas, situadas en la antigua Ruta de la Seda). Amiano los asemeja en sus costumbres salvajes a otros grupos escitas, al estar emparentados con ellos, y, en especial, con los alanos y los godos, aunque admite que esas costumbres estaban marcadas por el clima y los espacios donde vivían (22, 8, 42; 31, 2, 3-18). Como comprobaremos, parte de sus afirmaciones no se correspondían con la sofisticada y lujosa corte de Atila en el siglo V —que los romanos visitaron con frecuencia (Grousset, 1991)— y probablemente tampoco con muchas de las noticias que le llegaban cuando habitaba en el *limes* u observaba durante las campañas militares en las que participó.

Podemos concluir que los bárbaros que llegaron a las fronteras romanas no eran identidades puras y cerradas, sino que respondían a una realidad más compleja, que nos va a acompañar a lo largo de este trabajo. Porque el peso que tuvieron en la historiografía antigua es de tal calibre que durante los siglos III y IV quedaron en un evidente segundo plano otros muchos problemas que afectaban al Imperio y otras provincias, como las hispanas o las africanas, más alejadas del foco de conflicto en el *limes*. Su existencia obligó a los emperadores a centrarse en las fronteras y desarrollar una política militar, defensiva unas veces, agresiva otras, para medir sus éxitos y fracasos y justificar los gastos que recaían sobre los ciudadanos. Así al menos lo pretende el panegirista de Teodosio, Temistio (*Or.*, XV, 186 b; XVI, 209-212), al relacionar la crisis económica que sufrían en su tiempo las provincias por la presencia de movimientos migratorios y la prosperidad de que gozaban las regiones tras las victorias del emperador, que transformaron metafóricamente la espada por el arado (como imagen del asentamiento de extranjeros en el campo). La integración del enemigo depredador se veía a finales del siglo IV como la mejor salida posible tras décadas de interrelación, pero el tránsito era incierto para el bárbaro aspirante a la condición de ciudadano en un Imperio que le veía como foco de desavenencias y conflictos.

## 2.2. *Ladrillos y piedras en los muros: los Pink Floyd tenían razón*

La justificación de la guerra justa frente al agravio contra Roma fue uno de los elementos principales del discurso sobre la conveniencia de un *limes* protector de las provincias conquistadas y colonizadas que permitiera nuevas conquistas cuando la situación fuese favorable, además de proteger los intereses comerciales del Imperio respecto a los pueblos *extraliminales*. Fue en el *limes* donde Roma supo aprovechar las rencillas entre los pueblos vecinos, las rivalidades entre sus líderes, su falta de unidad, el clima adverso, la hambruna o las catástrofes naturales para intentar establecer una relación de superioridad incluso en los acuerdos pactados; pero también donde se concentraron los esfuerzos de los movimientos poblacionales, en su intento de asentarse en las provincias romanas, y las ambiciones de algunos grupos y líderes por apropiarse de forma violenta de parte de las riquezas de sus

habitantes, con lo que se produjo entonces el choque entre los dos mundos. Las murallas y fortalezas construidas en las periferias delimitaron una frontera política, aseguraron la explotación de las provincias y simbolizaron la potencia protectora del Estado para sus habitantes, como también la barrera que no se debía traspasar y que definía los espacios controlados; pero, por otro lado, fueron un reclamo para quienes poco o nada tenían y un pulso para quienes ambicionaban saquear sus territorios, ya que conquistarlos no podía ser nunca visto como una empresa posible para las dispersas tribus y gentes del Barbárico.

La conquista pretendió la exaltación de una identidad en los romanos, frente a la alteridad que suponían los pueblos no conquistados. El *nosotros* frente al *vosotros* fue cambiando de espacio a medida que las legiones romanas avanzaban y el derecho de ciudadanía se extendía por sus provincias, supliendo las diferencias culturales y etnias. Roma no fue nunca contraria a la extensión del derecho a ser ciudadano; pero lo que fue considerado un honor por autores como Cicerón (*Pro Balbo*, XI-III) y Tito Livio (I, 43, 9; VIII, 13, 15-18), por los beneficios que podía reportar a las poblaciones conquistadas, en realidad suponía un privilegio al que no todos pudieron acceder desde el primer momento. La promoción se otorgó con cuentagotas a individuos y colectivos que supieron colaborar con el conquistador, y no siempre en igualdad, pues hubo dos tipos de condición: la de ciudadano romano y la de latino (con los derechos disminuidos y que fue la aplicada habitualmente). Además, al contrario de lo que sucede en las democracias actuales, en la antigua Roma la estructura de las votaciones en las asambleas populares en la ciudad (*comitia tributa* o *centuriata*, esencialmente) confería muchas ventajas a las clases más privilegiadas y a sus habitantes frente al resto y, sobre todo, frente a las provincias más alejadas.

Integrarse en la ciudadanía plena comportaba poder ejercer magistraturas –incluidos el consulado y el Imperio–, votar en las asambleas, formar parte de las legiones, ser juzgado y apelar a los tribunales, comprar y vender, heredar, testar, comerciar y contraer nupcias legales y moverse libremente (*ius honorum, suffragii, gladii, intercessionis, apellationes, auxilii, commercii, connubii*) como los más importantes. Gozar del libre movimiento dentro del Imperio era esencial para poder exigir los derechos políticos (*ius migrandi*). Por el contrario, el *ius Latii* o la ciudadanía latina (que en época republicana diferenciaba esencialmente a los habitantes de Roma de los itálicos) privaba

a quienes gozaban de ella de los derechos políticos y, en algunas ocasiones, de la capacidad de movimiento que permitía el traslado a Roma, lo que los vetaba del ejercicio de magistraturas estatales. Por otro lado, las mujeres carecían de estos derechos, aunque su familia gozase de la ciudadanía plena, como también los hijos habidos con esclavos o los hijos de los varones romanos con algunas mujeres consideradas de vida inapropiada, aunque fuesen libres; si bien los ciudadanos latinos varones podían acceder a la ciudadanía romana gracias al ejercicio de magistraturas locales (ciudadanía *per magistratum*) en las colonias y municipios provinciales, por decreto imperial o a través de un servicio militar prolongado, ya que los municipios y las colonias romanas, aunque tenían su propia autonomía (las leyes municipales encontradas en Hispania, como las de Irni o Málaga), estaban obligados a contribuir con hombres y tributos al Estado, con la entrega de los centros que no estaban promocionados como tropas auxiliares (García Fernández, 2002). Hasta que en el año 212, finalmente, el emperador Caracalla acabó en parte con esta diversidad de condiciones, con ciertas exclusiones, como veremos. Por el contrario, los habitantes de más allá de las fronteras romanas eran considerados extranjeros (en toda su variedad: comerciantes, artistas, soldados mercenarios y otros colectivos) cuando estaban en territorio romano, aunque se encontraban protegidos por el derecho de gentes (había un pretor para los peregrinos), y, con el tiempo, también podían alcanzar la ciudadanía por diversas vías (Mathisen, 2006, pp. 1011-1040).

La geografía teórica de la ciudadanía, con sus distintas condiciones, coincidía conceptualmente con los miles de kilómetros comprendidos desde el océano Atlántico y los ríos Eúfrates y Tigris, y tenía su punto neurálgico en el *Mare Nostrum*, el Mediterráneo. Pero, mientras en su parte oriental los territorios externos pertenecían esencialmente a otro imperio, el persasásida, hasta cierto punto bien conocido, en la parte occidental, como hemos visto, se abría el territorio ignoto, atrayente y repulsivo a la vez de las *gentes barbaricae*. La línea de separación en Occidente se formó en el Rin y el Danubio, y en el espacio territorial intermedio, los Campos Decumanos (*Agri Decumates*), después de que Augusto, ante la descomunal tarea que le suponía gobernar el territorio conquistado, diera por terminada la etapa de conquista. A partir de entonces comenzó a desarrollarse el concepto de frontera o *limes* en toda su extensión militar, económica y social, pero también ideológica, de una mayor magnitud respecto al significado de los antiguos